

en hacerse cargo de esa verdad, y sólo al cabo de algunos días recobró la plena independencia de su juicio.

Al publicar la memoria de Fould, el emperador se había apropiado sus conclusiones. Pero la última palabra correspondía al Senado, pues el estado de cosas que el gobierno se proponía modificar había sido creado por el senadoconsulto de 25 de diciembre de 1852. Después de un dictamen muy extenso del Sr. Troplong, después de un debate en que tomaron parte los principales hacendistas del reino, tales como Magne, Forcade de la Roquette y el mismo Fould, la alta asamblea ratificó la reforma. El nuevo senadoconsulto, promulgado en 31 de diciembre de 1861, se dividía en tres disposiciones: en lo sucesivo ningún crédito suplementario ó extraordinario podría concederse sino en virtud de una ley; el derecho de transferencia se hallaba consagrado entre los diferentes capítulos del mismo ministerio, pero no se ejercería sino mediante un decreto dictado en Consejo de Estado; por último, el presupuesto, en vez de ser votado por ministerios, lo sería por secciones.

De este modo el proyecto imperial convirtióse definitivamente en ley del Estado. La reforma podía resumirse en una palabra: era el desenvolvimiento del decreto de 24 de noviembre. Mediante el decreto de 24 de noviembre de 1860, el gobierno había ampliado las atribuciones parlamentarias en materia política; por medio del senadoconsulto de 31 de diciembre de 1861, las extendía en materia económica; en el intervalo de un año, los dos actos se completaban. En plena posesión de un poder todavía incontestado, en el pleno desenvolvimiento de un prestigio aún no alterado seriamente, el emperador ponía límites á su poderío: por su propia mano cerraba los erarios públicos, y atento á defenderse contra sus propios impulsos, entregaba las llaves al Cuerpo legislativo, á quien confiaba además su presupuesto, no ya en un conjunto difícil de abarcar, sino en fracciones más fáciles de revisar. Esa renuncia espontánea no carecía de grandeza, y, en el acto imperial, todo tenía alta apariencia, todo, hasta la osadía con que Napoleón, fiado en su popularidad, publicaba sus falsos cálculos ó sus errores.

Fuese cual fuere el mérito de la iniciativa soberana, una confianza sin reserva hubiera sido optimismo ó lisonja. El buen efecto producido por el desprendimiento imperial en los contemporáneos mezclóse con el espanto que á éstos causaron las perspectivas que súbitamente acababan de descubrirse. En el fondo, el cambio estaba más en el nombre de las cosas que en las cosas mismas; y la seguridad del porvenir dependería menos de la reforma que del espíritu que la aplicase. La religión nos enseña que la contrición, aun la más sentida, no vale nada sin el firme propósito: la máxima, excelente en la vida cristiana, lo es igualmente en la vida política. Al surgir los primeros embarazos, cuando estos embarazos mismos podían ser imputados, sin exagerada adulación, al exceso de prosperidad; cuando todo era fácilmente reparable, acababa de darse un primer aviso al príncipe; y éste había atendido á la crítica, había parecido desaprobado los gastos excesivos que podían ser gastos útiles, pero que, al multiplicarse, se convertirían en gastos locos, y había elevado á ministro á la persona que tales avisos le diera. Todo eso era muy bueno, pe-

ro con la condición de que el firme propósito durase con la condición de que la prudencia que presidiera en adelante á la gestión financiera presidiese á la dirección política. Si esta prudencia faltaba, el emperador no estaba tan ligado que no pudiese desprenderse de las trabas que se había forjado él mismo. La facultad de transferencia, si no se contenía en severos límites, equivaldría casi á la facultad de abrir créditos suplementarios. El Cuerpo legislativo mostrábase muy firme en los debates de las secciones, pero mucho menos osado en las discusiones públicas y sumamente tímido á la hora del voto. El mismo soberano se halla investido de tales atribuciones generales que, si bien no podía ya gastar nada, conservaba la libertad de comprometerlo todo. Se había cerrado la puerta á los despilfarros, á las prodigalidades, pero con tan poca solidez que el menor empuje bastaría para forzarla. Si el príncipe se arrepentía de su sensatez, si se entregaba á la política de las aventuras, el país, de grado ó por fuerza, y á pesar de todas las barreras del senadoconsulto, se vería obligado á pagar las deudas contraídas por la temeridad del soberano.

IV

Desgraciadamente, Napoleón había hecho ya un ensayo de esa política de aventuras allende los Alpes. En medio de los incidentes que acabamos de referir, la cuestión italiana continuaba infiltrándose en nuestros negocios y seguía siendo, lo mismo para el país que para el soberano, una causa permanente de preocupación. Cuanto más se adelantaba, más espesas eran las tinieblas. Todo había contribuido á oscurecer la cuestión: el error, la mentira, la sutileza, la pasión y, sobre todo, el conflicto de los intereses patrióticos y de los intereses religiosos, que se tenían uno y otro por sagrados. Tan difícil era eludirla como resolverla. Dominaba toda nuestra política exterior á causa de las complicaciones que de ella podían surgir y falseaba toda nuestra política interior alejando á Napoleón de los católicos sus aliados. En el período que atravesamos, el emperador procura calmar las impacencias de los italianos; persigue con más constancia que esperanza diversos planes de transacción entre el Piamonte y el Papado; pierde luego la confianza en sus propios esfuerzos, deja caer de sus manos cansadas y débiles todo lo que ha levantado con imprudencia, y se contenta con un alto á falta de una solución.

Cavour había sucumbido en el momento preciso de su obra en que toda Italia, á excepción de Roma y Venecia, se hallaba reunida bajo un mismo cetro. Al desaparecer de la escena, había dejado entre sus compatriotas un gran vacío y en Europa una grande impresión de desconfianza sobre el porvenir de su país. En tales coyunturas, Francia, lejos de retirar su patronato, tuvo empeño en afirmarlo mediante un acto solemne: había reconocido el joven reino, y tan alta muestra de benevolencia había parecido un supremo homenaje al que acababa de morir. En Turín se había llenado la vacante. Ricasoli era primer ministro. El nombramiento no podía ser muy grato á Napoleón. Ricasoli tenía pocas simpatías por Francia y reservaba toda su admiración para Inglaterra. Su carácter brusco le hacía poco apto

para negociar con el emperador, que quería ser comprendido con media palabra. Era rudo, dogmático, friamente obstinado, más absoluto que resuelto; y el reciente recuerdo de Cavour, tan hábil en ocultar sus planes más osados, iba á hacer resaltar más su falta de flexibilidad. Iba á querer andar aprisa y por la vía recta, mientras que á Napoleón le gustaba ir lentamente y á través de mil rodeos. Iba á dar publicidad á todo lo

que le faltaba en prestigio y en genio. El *reconocimiento del reino de Italia* le pareció indicio de una buena voluntad que convenía explotar desde luego. Apenas habían transcurrido tres semanas, después de la muerte de Cavour, cuando Ricasoli llamó al conde Arese, el precioso amigo del emperador, y, entregándole una carta para Thouvenel, le confió la misión de ir á París. El jefe del gabinete italiano, desdeñando las precauciones



Forcade de la Roquette

que convenía tener oculto y á precipitar su marcha según su ardiente voluntad, en vez de ajustarla á la de su aliado. Al verle elevado al poder, varios de sus amigos temieron sus torpes impacencias, y los hechos no tardaron en justificar aquellos temores.

Cavour, en la última época de su vida, tenía los ojos puestos en Roma. Su inteligencia se gastaba en buscar una solución, aceptable para sus compatriotas, no muy ofensiva para Francia, bastante velada con fórmulas respetuosas, bastante rodeada de garantías espirituales para que los católicos la tolerasen sin excesivos clamores y para que el Papado mismo, sobre todo con otro pontífice, se resignase á ella. Ricasoli se hizo continuador del plan; pero como no tenía el mismo espíritu de recursos ni la misma autoridad que su ilustre antecesor, imaginó compensar con el ardor de sus instancias lo

de lenguaje que su antecesor no había considerado superfluas, pedía que Francia fijase un término no lejano á la ocupación de Roma y cesase «de poner obstáculo á las aspiraciones nacionales.» En 30 de junio de 1861, el negociador fué recibido en el ministerio de Negocios extranjeros. Al leer la carta de Ricasoli, Thouvenel no ocultó su sorpresa ni su desaprobación. «El barón Ricasoli lleva mucha prisa, dijo el ministro. Se preocupa muy poco de nuestras dificultades interiores. Me costó ya mucho trabajo obtener el reconocimiento del reino de Italia; en cuanto á Roma, no tengo esperanza alguna de vencer los obstáculos por el momento. Sin duda, el emperador desea la evacuación; pero tiene que contar con las resistencias de sus consejeros, con la aprobación del Cuerpo legislativo y con las objeciones del Senado... Que los italianos esperen al menos la muerte

de Pío IX: con el papa actual, el emperador considera empeñado su honor; una vez que el pontífice haya desaparecido, la solución será menos difícil. Si el nuevo papa se muestra conciliador, se entenderá con vosotros; si persiste en los antiguos procedimientos, nosotros podremos abandonarlo a su suerte.» Intérprete de las impacencias de Ricasoli, Arese replicó: «Pío IX puede vivir muchos años.—No, no, repuso Thouvenel, la vacante es próxima. Estamos dispuestos á entendernos con vosotros sobre la elección del nuevo papa. Santucci nos convendría; hay también De Andrea, pero no es *papabile*.» Ante tales perspectivas, Arese se reanimó. «Apenas reunido el cónclave, insinuó con una mezcla de ingeniosidad y de cinismo, se podría hacer votar la anexión por el sufragio universal.—¡Ah!, no, replicó Thouvenel, á quien el expediente hizo sonreír; el medio es ingenioso, pero parecería un juego de manos.» Arese agitó diversas combinaciones: una de ellas, que no tenía el mérito de la novedad, consistía en relegar el papa al barrio Leonino con todos los atributos de la soberanía. La entrevista fué larga, pero sin resultado; el italiano echaba por todas partes la sonda á fin de descubrir los pensamientos del emperador, y el ministro francés desplegaba todo su arte en formular objeciones (1).

De regreso en su hotel, después de esta entrevista estéril, Arese encontró un despacho de Napoleón que le invitaba para el día siguiente «á comer y dormir en Fontainebleau.» ¡Qué buena ocasión para abogar, con todos los privilegios de la amistad, por la causa de Italia! Ricasoli, el temerario servidor de su país, se encargó de echarlo todo á perder. Mientras el enviado se encontraba en Fontainebleau, el telégrafo trajo el resumen de un discurso que el jefe del gabinete italiano acababa de pronunciar en la Cámara de los diputados. Las declaraciones del ministro eran singularmente atrevidas. Sin rodeos ni miramientos, proclamaba el derecho de Italia sobre Roma, y añadía con insigne torpeza, aludiendo á ciertos rumores de cesión de la Cerdeña, que su gobierno jamás consentiría sacrificio alguno de territorio (2). «¡Pero si nada hemos pedido!» dijo el emperador muy ofendido. Aquella altiva reivindicación de Roma, todavía ocupada por las tropas francesas, no disgustó menos al monarca. Toda la entrevista del príncipe con su amigo se resintió de esta impresión. Siempre atento y afectuoso con su antiguo compañero, Napoleón no autorizó ninguna esperanza, al menos próxima. Repitió, casi palabra por palabra, las manifestaciones de Thouvenel: Ricasoli se agitaba mucho; Italia era muy exigente; á fuerza de importunidades, ésta se exponía á cansar á sus protectores; y después de haberlo obtenido todo, la verdadera prudencia para ella estaba en hacerse olvidar.

¡Hacerse olvidar! El consejo era más fácil de dar que de seguir. Nunca Italia había dado tanto que hablar. Lo más sensible era que todas las versiones procedentes de allende los Alpes acreditaban entonces una opinión poco favorable á la solidez del nuevo Estado. Fundado apenas, el joven reinado atravesaba una tremenda crisis.

(1) Véase Informe del Sr. conde Arese al Sr. Ricasoli, 1.º de julio de 1861 (*Lettere e documenti del Barone Bettino Ricasoli*, tomo VI, págs. 36-39).

(2) *Parlamento italiano*, 1861, pág. 915.

Empezaban á revelarse grandes apuros financieros. No era fácil determinar la suerte de los compañeros de Garibaldi, y al lado del ejército regular subsistía todo un ejército irregular, nacido de la revolución, que le sobrevivía, sin que se supiese cómo satisfacerlo ó disolverlo. El ascendiente de Cavour había contenido largo tiempo todas las rivalidades: desaparecido aquél, cada cual pugnaba por colocarse en primera fila, y Ricasoli encontraba adversarios hasta en sus colegas. Todas estas dificultades parecían insignificantes si se pensaba en la condición de la Italia meridional. Allí luchaba contra la dominación piemontesa un partido numeroso que no se dejaba absorber ni conquistar. En el antiguo reino de Nápoles se habían sucedido en menos de un año toda clase de gobernadores: Farini, el príncipe Eugenio de Carignán, el Sr. Ponzá de San Martino y finalmente Cialdini. Todos se habían cansado de aquella tarea ingrata, que les gastó sucesivamente. La antipatía entre el Norte y el Mediodía, la torpeza de los agentes sardos, las leyes antirreligiosas que habían indisputado al clero, la popularidad bastante real de la dinastía borbónica entre las clases inferiores, los actos múltiples del nuevo régimen que se había señalado menos por beneficios que por gravámenes, todo había vigorizado la resistencia. Hasta en las cercanías de las ciudades, audaces partidas interceptaban las comunicaciones, saqueaban los convoyes ó las cajas públicas y hostigaban á la tropa. La complicidad de los campesinos, generalmente favorables, aseguraba su subsistencia y protegía su retirada: si corrían inminente riesgo de ser copados por la tropa, los campesinos, á toda prisa, ocultaban sus armas, les hacían cambiar de traje, y cuando llegaba la fuerza pública, retrasada á menudo por el desconocimiento del terreno ó por lo malo de los caminos, los encontraba ya disfrazados, unos encorvados sobre las viñas y otros cortando leña en el monte. Estas rebeliones estallaban hasta en los puntos donde el plebiscito había dado recientemente los resultados más triunfales. Los italianos llamaban *brigantes* á los que se hubieran desdenado de llamar insurrectos. El gobierno de Turín, impaciente de pacificación, estimulaba el celo de sus funcionarios; pero á veces recibía duras réplicas. Un día Cialdini, irritado de las censuras del primer ministro, le contestó con altivez: «Sabed que no tenemos aquí más fuerza que la de los batallones de que dispongo.» Los agentes oficiosos, enviados al Mediodía, transmitían informes que tampoco eran tranquilizadores. «Sólo hay aquí un partido fuerte, escribía uno de ellos á Ricasoli, el *partido borbónico clerical*.» Añadía que los oficiales aislados y los funcionarios administrativos habían de ser transportados por mar á sus puestos si se quería que llegasen en salvo. Ciertos documentos oficiales muestran el estado precario de aquellas regiones. Poco tiempo después, en una de las sesiones de la Cámara, Ricasoli subió á la tribuna y publicó excelentes noticias: dijo que desde hacía seis meses los correos sólo habían sido detenidos cuarenta y dos veces. Los diputados aplaudieron en grande, maravillados de aquel progreso de la seguridad general. Sin embargo, todos los informes procedentes de Nápoles terminaban con estas palabras: «Necesitamos tropas, sobre todo cazadores y gendarmes.» Y desembarcaban gendarmes y cazadores, y como la duración de la lucha exasperaba los

ánimos, las represiones se hacían implacables. Desde luego se contentaron con fusilar á los *brigantes* cogidos con las armas en la mano; luego fueron fusilados sus cómplices, y se llegó á comprender bajo el nombre de cómplices á los que en los campos les ofrecían un asilo ó un pedazo de pan. Esas medidas extremadas no restablecían la paz, y en cambio suscitaban en el extranjero enérgicas reprobaciones. De todas las protestas, la más notable fué la de Napoleón, que, desde Vichy, se alzó enérgicamente contra tales excesos. Aludiendo á los decretos piemonteses, dijo que «los Borbones no habían dictado nunca reales órdenes tan sangrientas.» En aquella época, recibiendo al general Fanti, que había ido á saludarlo en el campo de Chálons, el emperador evitó cuidadosamente toda alusión á Roma, y en cambio hizo recaer con marcada insistencia la conversación sobre Nápoles: «Los asuntos de Nápoles van mal, muy mal,» dijo repetidas veces (1). Hasta en Italia aquellos duros proceder de conquista indignaban á las almas generosas. El más pronto y enérgico en condenar aquellas crueldades fué Máximo de Azeglio. Una de sus cartas fué publicada (2) y tuvo gran resonancia merced al renombre del autor, hombre de acrisolada honradez y uno de los amigos más entusiastas de la independencia italiana. «La carta de Máximo de Azeglio nos ha sido funesta,» escribía el caballero Nigra al barón Ricasoli.

Aquella impotencia en pacificar las provincias conquistadas animaba poco á Francia y á Europa á tolerar nuevas anexiones. A pesar de todos los indicios contrarios, Ricasoli no se turbaba. El primer ministro italiano escribía en 19 de julio de 1861: «Le es tan imposible al papa desempeñar el papel de rey, como al rey el papel de papa.» Partiendo de este principio, perseguía con increíble obstinación el designio que en breve conduciría á su soberano hasta el Capitolio. Su alma, fríamente apasionada, se absorbía en esta empresa al extremo de no repudiar arma alguna, aunque fuese de las menos leales. Aquel caballero florentino, probo hasta la austeridad en la vida privada, emprendió contra el gobierno papal una verdadera campaña de denuncias y calumnias. Había señalado las complacencias del comandante en jefe del cuerpo de ocupación, general Goyón, favorable, según decían, al partido reaccionario; pero habiéndose enemistado el general con monseñor de Merode, cambió el lenguaje de Ricasoli: Goyón convirtiéndose de pronto para éste en un instrumento útil, y todo el arte del ministro italiano consiste luego en enconar la desavenencia y transformarla en conflicto. Hasta en el Vaticano tiene espías Ricasoli. Un día, éste condena la intolerancia romana, recordando que se atrevieron á censurar al sacerdote que asistió á Cavour en sus últimos momentos; otro día, transmite á París ciertas expresiones del papa, que, según dicen, ha hablado mal del emperador. Contra Roma todo sirve, hasta las dificultades de las Dos Sicilias. Si las provincias napolitanas no se pacifican, no tiene la culpa el espíritu del país, ni las torpezas piemontesas, sino Pío IX, que da asilo al rey destronado: Roma es una verdadera Coblenza; allí reúne Francisco II á sus partidarios asalariándo-

los y proveyéndoles de armas; de allí los lanza sobre su antiguo reino; el Padre Santo conoce sus manejos, los favorece y los bendice. Tal es la acusación, formulada en regla y renovada con bastante frecuencia para que nadie la pueda ignorar. A veces se introduce en ella una ligera variante. Si el papa se muestra tan agresivo y Francisco II tan osado, es porque se sienten apoyados por una gran potencia: los batallones franceses no sólo ocupan á Roma, sino que se extienden hasta los límites del Estado pontificio; y en las fronteras, ciertos oficiales, ayudando á la reacción, tienen extrañas indulgencias para los borbónicos y extrañas severidades para sus adversarios; sin duda, el emperador ignora esa conducta; si no, la desaprobaría. Los informes continúan y conducen todos á la misma conclusión, que los franceses se retiren y será infinitamente mejor la condición de los piemonteses. Y será más fácil la pacificación de Nápoles. Esto es lo que insintán suavemente los diplomáticos; esto es lo que proclama bruscamente Ricasoli.

Esas quejas iban á parar á la legación de Italia, y el caballero Nigra estaba encargado de exponerlas al ministro, difundirlas en la prensa y llevarlas á las mismas Tullerías. Por mucho que Nigra desease una solución, las impacencias de su jefe no dejaban de embarazarlo. Muy hábil en sondear la opinión pública francesa, muy atento á recoger todos los rumores de la corte, temía los peligros de la precipitación y que las instancias excesivas pareciesen importunas. Cuando Nigra señalaba á Thouvenel los manejos de Francisco II en Roma, cuando denunciaba, ora depósitos de armas, ora oficinas de enganche para la causa borbónica, nuestro ministro de Negocios extranjeros se limitaba á contestar evasivamente en un tono benévolo, pero algo cansado, y después de asegurar que averiguaría el fundamento de aquellos cargos, se callaba sobre todo lo demás. Los despachos de Nigra, durante aquel período, se reducen casi exclusivamente á sus gestiones inútiles. Comprende que no se le quiere estimular ni combatir, sino que se le procura evitar. «Thouvenel se halla casi siempre en el campo, dice, y me cuesta gran trabajo dar con él.» «He visto hoy al emperador, escribe en 8 de agosto, y ha estado muy amable; pero daba audiencia pública y no he podido decirle nada. Va á marchar á Chálons, para ir luego á Biarritz y más tarde á Compiègne, y en dos meses difícilmente le podré hablar.» La «casualidad» le permite ver otra vez á Napoleón en San Graciano, en casa de la princesa Matilde; «pero, añade algo despechado, ha eludido otra vez la cuestión italiana.» No quiere, sin embargo, que duden de su actividad ó de su celo. «Todos estos días, escribe á su jefe, he visto á Persigny, á Rouher, al guardasellos, en una palabra, á todos los consejeros del emperador que nos son favorables. Todos nos aconsejan que esperemos, diciendo que, cuando el fruto esté maduro, se caerá por sí solo.» «Lo esencial es Nápoles,» añade Nigra, enviando á Turín, en vez de las esperanzas que le piden, consejos que no le pide nadie... «La cuestión romana está tanto en nuestras manos cuanto en las del emperador, dice en conclusión el plenipotenciario italiano. Armémonos y pacifiquemos las provincias meridionales.» Estos consejos no satisfacen al impetuoso Ricasoli. «¡Ir á Roma!, repite; he aquí lo que me ocupa y me preocupa todo el

(1) *Lettere e documenti del Barone Ricasoli*, tomo VI, pág. 102.

(2) Véase *La Patrie* de 9 de agosto de 1861.

día.» ¿Cómo ir? Su espíritu, más tenaz que inventivo, se consume en buscar el medio; y lo pregunta á todo el mundo, á París, á sus amigos de Italia, á sus compatriotas toscanos.

En esto llegó á Turín una noticia consoladora. El Sr. Benedetti acababa de ser acreditado como representante de Francia cerca de Víctor Manuel en substitución del Sr. de Talleyrand, y, poco tiempo después, el Sr. de La Valette recogió en Roma la sucesión del señor de Gramont. El agente piemontés Vimercati notificó de París los nombramientos acompañando la noticia de un comentario jovialmente único: «Si con Benedetti en Turín y La Valette en Roma no se logra enviar al diablo el temporal, la culpa toda será nuestra.» Merimée escribía por aquel mismo tiempo á su amigo el señor Panizzi: «Esos dos buenos católicos son, á mi juicio, muy propios para persuadir á nuestro Santo Padre el papa que su reino no es de este mundo (1).» Ricasoli no necesitaba estímulos. Inclinado siempre á exagerar los motivos de esperanza, juzgó la ocasión del todo favorable para precipitar el desenlace de la cuestión romana. Las vagas indicaciones, las consideraciones generales las substituyó con un proyecto preciso, á la vez muy sencillo y muy refinado; muy sencillo, porque podía resumirse en una sola frase: se pedía al Padre Santo que renunciase á su poder temporal, y esto «en nombre del derecho incontestable que la nación italiana tenía sobre Roma;» en cambio se asegurarían á la Santa Sede toda clase de compensaciones pecuniarias, de inmunidades y de garantías espirituales. «Si queréis ser el más poderoso de los soberanos de la tierra, despojaos de las miserias del trono.» Así hablaba Ricasoli á Pío IX. Este plan tan sencillo revelaba, sin embargo, un notable refinamiento. La verdadera habilidad de los italianos consistía en endosar el proyecto á Francia, comprometiéndola, haciéndola solidaria de sus ambiciones. El gobierno francés sería el comisionado de Italia, encargado de llevar á su destino el mensaje al Padre Santo, *l'indirizzo*, como decía Ricasoli. De este modo, si la proposición era desechada (y no podía creerse de buena fe que fuese admitida), el fracaso recaería menos sobre Italia que sobre Francia. Toda la esperanza estribaba en que Napoleón, disgustado de la negativa, retiraría sus tropas; y una vez desaparecida la bandera francesa, en breve la revolución haría lo demás.

El proyecto fué confiado á Benedetti, quien, después de haber estado de paso en Turín, regresaba á París. Benedetti lo entregó en 12 de septiembre de 1861 á Thouvenel. Aunque poco afecto á la Santa Sede y muy favorable á Italia, nuestro ministro de Negocios extranjeros era de juicio demasiado severo para no comprender la incorrección del paso que á su gobierno se pedía. No dudaba que la soberanía pontificia desaparecería un día ú otro; pero que Francia, hasta entonces protectora, tomase por su cuenta las intimaciones del Piamonte, era una conducta poco conforme al decoro diplomático y peligrosa además por la irritación que causaría á todo el partido religioso. Era preciso al menos que aquel proyecto positivo y casi brutal fuese substituído por

(1) Merimée, *Lettres à Panizzi*, carta del 3 de septiembre de 1861.

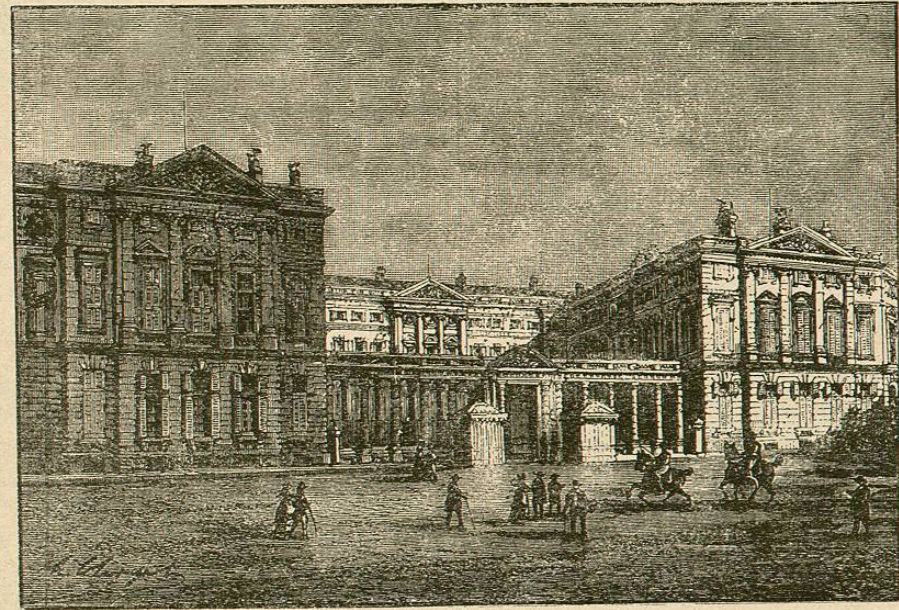
una respetuosa súplica, y luego se vería, según la contestación, lo que podía obtenerse de Pío IX y lo que se podía conceder á Víctor Manuel. En tal disposición de ánimo, Thouvenel acogió con reserva las sugerencias procedentes de Turín. «Mañana me marcho al campo, escribió el caballero Nigra; á la sombra de mis árboles prepararé mi dictamen al emperador. Probablemente no podré terminarlo para el próximo consejo; luego Su Majestad necesitará tiempo para contestar, si no me llama á Biarritz. Las cosas, como veis, no pueden ir tan aprisa como supone el barón Ricasoli.» Cuando algunos días después, en 17 de septiembre, el ministro volvió á ver á Nigra, le habló con la misma circunspección. «La combinación del Sr. Ricasoli, dijo, es un buen asunto para un artículo de periódico ó para un discurso parlamentario; pero, francamente, no es fácil someterla al papa. Todo lo que podríamos hacer sería encargar al Sr. de La Valette que sondease el terreno en Roma. Luego veríamos, y, si venía al caso, podríamos recomendar el proyecto de vuestro gobierno.» Nigra, que conocía la corte de las Tullerías y las corrientes contradictorias que en ella reinaban, no esperaba otra contestación. Muy distinta fué la impresión que ésta causó en Turín. Consumido por sus impacencias interiores, con la vista constantemente fija en su objeto, Ricasoli contaba los días y reprendía á su agente. Nigra se ingeniaba en calmar sus arrebatos; le decía que París estaba desierto en septiembre, que los mejores amigos de Italia estaban ausentes. «He hecho todo lo que he podido, añadía; he repetido frase por frase todas vuestras instrucciones. No he podido obtener nada de decisivo... Nuestros enemigos rodean al emperador en Biarritz. Todo lo que recuerda la cuestión romana es mal recibido é importuno (2).» Ricasoli no era hombre que se contentase con esas explicaciones. Como los días pasan, él se consume cada vez más de impaciencia. En 8 de octubre, se queja amargamente: «No he tenido todavía el honor de recibir contestación alguna del gobierno del emperador.» En su ardor obstinado, se dirige á todo el mundo, al príncipe Napoleón, á Benedetti, que ha vuelto á Turín, á los ministros ingleses. ¡Ay!, todas las contestaciones se reducen á las mismas exhortaciones á que se tenga paciencia. El príncipe Napoleón afirma muy calurosamente sus simpatías y responde de los sentimientos personales del emperador, pero añade que en las Tullerías no se sigue ningún plan determinado y que el soberano ha de contar con las personas que le rodean y sobre todo con la emperatriz. Benedetti habla como el príncipe Napoleón y repite también que es preciso esperar. En cuanto á los ingleses, sus pronósticos son muy favorables para el porvenir, pero más severos por lo que toca al presente. Con sus estímulos va mezclada una ligera nota de lisonja irónica: «Verdaderamente, dicen á Ricasoli, vuestro proyecto cuadraría á las mil maravillas en un *Blue-Book*;» y dicho esto, guardan silencio sobre todo lo demás.

Por fin el emperador regresó de Biarritz y, atravesando París, fué á instalarse en Compiègne. A las preguntas que le dirigieron contestó con una imparcialidad fatigada, como si experimentase igual embarazo en sostener que en abandonar al poder pontificio. «Hice la

(2) *Informes de Nigra*, 13 y 24 de septiembre de 1861.

expedición de Roma, decía á los italianos. ¿Hice bien ó hice mal? Lo ignoro... Quizás me equivoqué. De todas maneras, no puedo romper mis compromisos con Pío IX...; después... ¡oh!, después... veremos... A toda costa pacificad á Nápoles.» Y terminaba con un consejo bastante pérfido: «Influid en la prensa, y si podéis, procurad que el papa tenga la culpa.» Para un protector de la Santa Sede el lenguaje era singular. Pero, por grande que fuese la incorrección, distaba mucho de la complicidad inmediata que hubiera deseado Ricasoli. El obstinado florentino nada obtenía con sus impacencias: en Francia y en la misma Italia se acentuaba la opinión de que otro debería ocupar su puesto y perse-

como Ricasoli se revistiera de rudeza, y hubiese practicado la finura por arte si no lo hubiera hecho por política. El altivo barón toscano, crecido en la soledad y acostumbrado á rodearse de protegidos, había desdenado siempre el crearse simpatías: de humilde origen, Rattazzi se había educado en otras condiciones, y la práctica de la vida había refinado las facultades insinuantes que le adornaban. Su programa consistiría en complacer á todo el mundo: al rey, al parlamento, hasta á los revolucionarios y sobre todo á Francia. Ricasoli no había complacido á nadie y por eso cayó: si Rattazzi fracasaba, sería por haber prodigado á los partidos más opuestos sus afabilidades y sus insinuaciones



Palacio de Compiègne

guir por etapas sucesivas lo que no podía realizarse con brusquedades ó arrebatos. Rattazzi, presidente de la Cámara de los diputados, hizo entonces un viaje á Francia; recibido en Compiègne con muchos honores, hizo numerosas visitas en el mundo oficial y habló extensamente con el emperador. Desde aquel momento, Rattazzi pareció indicado para una próxima elevación. Hacía mucho tiempo que gozaba del favor del rey, y si, por otra parte, se hacía grato á Napoleón, ¡cuáles no serían sus probabilidades de éxito! A juzgar por las atenciones de que era objeto, por lo mucho que se ocupaban de él los periódicos, hubiérase dicho que había venido á Francia á buscar la investidura de su poder y trazar el programa de su ministerio. Este rumor embarazaba á Nigra, puesto entre su jefe de ayer y su jefe de mañana, entre las instrucciones oficiales de Turín, que predicaban una política intransigente, y otras direcciones oficiosas, que tendían ya á los miramientos; cruelmente perplejo sobre todo entre la voluntad del rey que prescribía que se acogiese á Rattazzi con toda clase de atenciones, *con ogni gentilezza*, y las susceptibilidades de Ricasoli, que adivinaba ya un substituto en el huésped de Compiègne.

El horóscopo se realizó, pero tres meses después. A primeros de marzo de 1862, Rattazzi era primer ministro. Este se revestía de ductilidad tan naturalmente

por haber sido *bifronte*, como decía Garibaldi, de modo que en su elevación, en sus procedimientos de gobierno ó en su desgracia, estos dos personajes iban á ser en todo opuestos.

En su primer discurso, el 7 de marzo de 1862, Rattazzi proclamó que la cuestión de Roma había de resolverse de conformidad con el voto del parlamento; pero, añadió en seguida á modo de transparente concesión hecha á Francia: «Debe serlo por los medios morales y por la diplomacia.» En las Tullerías juzgaron que convenía aprovecharse de esas disposiciones más conciliadoras y tentar de nuevo una inteligencia entre los dos poderes. A decir verdad, las gestiones practicadas en el Vaticano habían conducido hasta entonces á fracasos completos. En enero último, el Sr. de La Valette había sondeado las miras de la Curia romana, y el cardenal Antonelli le había replicado en tono muy moderado, pero muy firme, que era imposible toda transacción entre la Santa Sede y sus usurpadores. A pesar de eso, Napoleón resolvió reanudar las negociaciones y elaboró todo un plan de conciliación, en virtud del cual el gobierno italiano reconocería los Estados de la Iglesia en sus fronteras actuales, y el Padre Santo, por su parte, aceptaría el *status quo* territorial; las grandes potencias se adherirían al arreglo, garantizándolo; se constituiría una lista civil en provecho del papa, como in-